

LETRAS

Diez descendientes de editores y escritores muestran sus armas con nuevos sellos y novelas

Los hijos de los padres que leí tanto...

Crecieron entre libros, y aunque de niños soñasen con ser bomberos, pastoras o astronautas, hoy están tomando el relevo de padres y abuelos escritores y editores, con mucha, muchísima fuerza. Tienen, además, en quién mirarse: Ofelia Grande, por ejemplo, ha demostrado que podía hacer de Siruela una editorial de calidad y rentable. Como Claudio López Lamadrid, Ernest Folch... Bastante más que apuestas de futuro, su presente mueve al asombro por su cultura y temeridad, mientras explican cómo les ha condicionado ser quienes son.

Pantaleón Bruguera

"Estoy orgulloso de haber apostado por el primer Mankell y por Murakami"

Su bisabuelo fundó la editorial Bruguera, dirigida después por su abuelo, su tío abuelo y su padre, Joan Bruguera, así que el mundo editorial ha formado parte de la vida de Pantaleón Bruguera (Barcelona, 1966) desde que nació. Sin embargo, tras la gravísima crisis que asoló a la editorial, "mis dos hermanos y yo encaramos nuestra trayectoria profesional fuera de este ámbito". Él estudió Empresariales y fue director financiero de Shandwick hasta que en 1997 se incorporó a Tusquets Editores como director financiero primero y gerente después. Tras la muerte de Toni López Lamadrid se ha

convertido en director general. Ahora recuerda con orgullo, de esos primeros años, "la apuesta que culminó con la publicación, en 2000, del primer libro de Henning Mankell y, un año después, de Haruki Murakami". Gestor más que editor, presume de tener "un catálogo de ensueño", que cuenta con autores "a los que admiro profundamente" y de la gran solidez de Tusquets, que les ha permitido "afrentar la crisis con garantías". ■



JULIANA ESPINOSA

Berta Marsé

"Mi padre es parco en halagos, como debe ser"



LISBETH SALAS

Berta Marsé (Barcelona, 1969) quiso primero ser pastora, "supongo que influenciada por Heidi" y luego veterinaria, "o naturalista tipo Rodríguez de la Fuente". Luego vinieron el cine y la literatura: tras colaborar en distintas productoras leyendo guiones, escribió *La tortuga*, que publicó en 2006 Anagrama, donde acaba de aparecer su último libro de relatos, *Fantastías Animadas*.

En ningún caso, "ni cuando decidí que sería pastora, ni tampoco cuando empecé con

el cine", su padre, Juan Marsé, intentó desengañarla. "A mí me atrajo la literatura desde el principio, pero a mi hermano no. Va como va", dice.

Rehúye los tópicos con la misma fuerza con la que sostiene que a los lectores no les importa nada que sea "hija de", y a ella tampoco. "Valernos por nosotros mismos es un trago por el que, más tarde o más temprano, tenemos que pasar todos por igual".

Como lector reconoce que Juan Marsé es "parco en halagos, como debe ser. Los halagos pueden eclipsar la autorcrítica y entonces corres el riesgo de quedarte estancado. Cuando algo le gusta, con un 'está bien' es suficiente. Con lo que no le gusta se explaya un poco más. Es un lector útil". ■

Irina Salabert

"Este momento editorial tan malo es una ventaja"

A los 18 años, Irina C. Salabert (Madrid, 1990) decidió crear, con Luis de la Peña, Nocturna Ediciones, actividad que compagina con sus estudios, "a partir de la idea de que hay muchas obras por rescatar y otras muchas por dar a conocer". Sabe que lo suyo tiene algo de temeridad, por eso "nos hemos tomado este momento tan malo casi como una ventaja a la hora de aparecer. Ahora mismo hay tantos factores en

contra que la situación no puede degenerar mucho más".

Lectora empedernida, tuvo la suerte de que Ana María Matute le contase cuentos en su niñez. "Y si esas historias cortas en voz alta pueden considerarse 'libros', las suyas fueron el prólogo de todas las demás". El primer libro que editó fue *Recuerdos recobrados*, las memorias de Kiki de Montparnasse, las memorias de Kiki de Montparnasse, aunque se sienta especialmente orgullosa de publicar a Lewis



ARCHIVO DE LA AUTORA

Carroll, "uno de mis autores favoritos".

¿Consejos cruzados? Su madre, Juana Salabert, y la misma Irina, tratan de no interferir en sus trabajos, "lo cual no quita que, a veces sí opinemos y surjan discusiones!". ■

Daniel Vázquez Sallés

"Ser hijo de Vázquez Montalbán ha sido un privilegio"



JORGE DEL CAMPO

Daniel Vázquez Sallés (Barcelona, 1966) se imaginaba de niño muchas cosas, "buzo, espeleólogo, bombero torero o el quinto Beadle", pero nunca narrador. Su padre, Manuel Vázquez Montalbán, fue el verdadero culpable. "Sí, ¿cuando vas a escribir una novela?", me decía. Lo cierto es que me sorprendió, y más con la frase que me había repetido a lo largo de los años con la intención de que yo me moviera por el mundo libre de prejuicios: 'un hijo no es responsable del padre que tiene'. Cierto. Pero al final, caí en la trampa y me dediqué a fabular". Por eso, proclama con orgullo que "jamás voy a renegar de mi pasado y de considerar el hecho que ser hijo de MVM ha sido un privilegio. Los peores lectores casi siempre son los que le han convertido en un tótem y hacen de su fanatismo una cárcel". ■

Ana Merino

"Mi padre, un excelente lector, me enseñó a construir ficciones"

De niña, Ana Merino (Madrid, 1971) se dormía escuchando el eco constante de las teclas de la máquina de escribir de su padre, "y quería hacerme mayor para poder leerle." Ser hija de José María Merino es uno de los grandes orgullos de esta poeta, experta en cómics, que enseña escritura creativa en la Universidad de Iowa. "El otro es estar casada con el pintor Félix de la Concha, y "esos son dos privilegios que marcan mi existencia. No me ha preocupado nunca la etiqueta de 'ser hija de', o 'esposa de', porque me avalan muchos años de trabajo tenaz al otro lado del Atlántico,



FELIX DE LACIONCHA

donde me paso la vida defendiendo los cómics y la literatura". De su padre, "un excelente lector que me ha enseñado a construir ficciones y a profundizar en la textura de las palabras", aprendió además a "disfrutar de la literatura y ser coherente con mis decisiones". ■

Malcolm Otero Barral

"La gestión es mi punto flaco"

Con dos carreras a sus espaldas, y después de trabajar en editoriales pequeñas primero, y en Del Bronce, Columna, Destino y RBA después, el nieto de Carlos Barral, Malcolm Otero (Barcelona, 1973) acaba de crear su propio sello, Barril & Barral.

De esa primera etapa se enorgullece, por ejemplo, de haber descubierto a autores como Eduardo Lago -"fue



ARCHIVO DEL AUTOR

muy excitante"-, a pesar de "tantos libros que uno debería haber publicado y que dejé escapar".

Desde su independencia, sabe que "como empezamos en plena crisis, todo es mejorar. Lo llevamos bien. La crítica es muy buena y los libros se venden en su justa medida. No se puede pedir más". Confiesa, eso sí, que su punto fuerte "nunca fue el orden, fundamental para ser un buen gestor. Ahora, con editorial propia es más complicado; más que un gestor uno se convierte en hombre orquesta. Pero la gestión sigue siendo mi punto flaco". ■